

Los grandes incendios en Madrid

Lourdes Alonso-Martírena
Tornos

José Antonio Suárez Carro

Pablo Cristóbal Mayoral

Miguel Ángel Beltrán Gallardo

Equipo de Técnicos Forestales
del Servicio de Incendios
Forestales de la Comunidad
de Madrid

La Comunidad de Madrid registra la mayor densidad de población de todas las comunidades autónomas españolas. Somos seis millones de personas, tantos arriba, tantos abajo, metidos en una de las provincias de menor extensión de España. Casi todos juntos en Madrid, la capital, y su área metropolitana: Móstoles, Coslada, Fuenlabrada, Leganés, Alcobendas, Alcorcón, San Fernando de Henares... Tanta construcción para que todos quepamos; tanto terreno industrial para que trabajemos; tanta infraestructura para que vivamos. Madrid, ese monstruo para algunos, o ese gran desconocido para tantos. Porque quizás no sepan que sin embargo Madrid, su provincia, atesora un atrimonio forestal y natural no imaginado siquiera no solo por el gran público, sino también por los profesionales del monte en cualquiera de sus facetas.

Ya ven: más de la mitad de la provincia está catalogada como terreno forestal por el Tercer Inventory Forestal. Donde se asegura, con autoridad, que de las 802.769 hectáreas que ocupamos, 420.093 son de “uso forestal” y, a su vez, más de la mitad de estas, concretamente 270.086, dice el inventario que es arbolado. Y ahí está.

Para sorpresa de no pocos, nuestro Madrid, la Comunidad de Madrid, cuenta con un variado muestrario de ecosistemas de diferentes tipos. Esos entornos naturales similares a los navarros, como es el hayedo de Montejo; esos pinares centenarios como los de Guadarrama, Cercedilla o La Fuenfría; esos espacios adehesados que reproducen la estampa de tierras extremeñas, con sus encinares, sus dehesas, sus pastos y, no lo duden, hasta con alguna que otra ganadería brava; esos bosques de ribera, en las orillas del Jarama, del Lozoya, del Manzanares o del Tajo; esos montes del suroeste, empa-

rentados ya con el inicio del valle del Tiétar y con la sierra de Gredos.

Madrid, claro que sí, es todo eso. Todo eso y carreteras; todo eso y monstruosas poblaciones; todo eso y múltiples líneas ferroviarias; todo eso y la proliferación de urbanizaciones y asentamientos urbanos; todo eso y seis millones de seres, urbanitas en su vida cotidiana la inmensa mayoría, que quieren, desean y tienen derecho a disfrutar de su todo eso porque también es suyo.

Aquí es dónde entramos los profesionales del asunto: ¿cómo hacer posible la convivencia de dos mundos tan antagónicos y, sin embargo, tan necesitados uno del otro? ¿Cómo casar el asentamiento urbano, millonario en demografía, con el respeto y, a la vez, disfrute del medioambiente que lo rodea? En el fondo, somos como “celestinas” que buscamos en la sombra el lecho para amantes tan dispares. Esa es nuestra misión. Solo que entre nosotros lo llamamos “interfaz”.



No encuentras en Madrid dos palmos de pinares, de matorrales o de dehesas en las que no se ubique una casa de solaz, una urbanización, una población, una carretera, una línea ferroviaria. Defender el medioambiente en Madrid es defender el medio urbano y humano. Y viceversa. No encontraríamos en el mapa un hueco en el que un incendio forestal no amenazara vidas humanas o bienes materiales, sean privados o públicos. Y el caso es que la inmensa mayoría de los incendios son ellos, los humanos, los que los provocan, algunos -pocos a pesar de lo que se dice- con mala intención, la mayoría por pura inocencia, cuando no por extrema necesidad.

Nuestros montes sirven al madrileño, pero además temen al madrileño, a su presión demográfica, a sus disparatadas visitas en ciertas fechas, a veces a un irreflexivo cariño capaz de ponerlos en peligro. Desde la Gran Vía, desde la Puerta del Sol, desde la Castellana... es tan fácil, tan rápido y tan barato plantarse en un pispás en una joya de paraje rodeado de árboles frondosos. Es tan fácil caer en la imprudencia, en la ignorancia, en el descuido que puede arruinar lo que solo los siglos pudieron levantar... Para el



gestor, la tentación es fácil: pero no, no podemos impedirlo; es inapropiado, tal vez imposible, impedirlo; antes bien, para el gestor la labor es facilitar la convivencia entre uno y otro factor.

Con estos mimbres, el teatro de operaciones es el siguiente: puesto que la presión demográfica va a propiciar, en mayor o menor medida, la aparición de incendios en el terreno forestal madrileño, estemos preparados para detectar-

los cuanto antes, acudir cuanto antes y apagar cuanto antes. Simplemente aplicamos aquel viejo aforismo forestal: el mayor incendio imaginable se hubiera apagado con un vaso de agua de haber llegado en el primer minuto.

La Comunidad de Madrid cuenta con el Plan de Protección Civil contra Incendios Forestales, más conocido por el acrónimo INFOMA, que cataloga las zonas más vulnerables, las épocas



Puesto de vigilancia de Collado Vihuela



Puesto de vigilancia de Torregarganta

más peligrosas y los recursos necesarios para plantarle cara a los incendios forestales, especialmente en verano. El Cuerpo de Bomberos de la Comunidad de Madrid soporta sobre sus hombros la mayor parte de la responsabilidad en la extinción. Precisamente surgió, allá por los 60, como herramienta de los capataces forestales para apagar fuegos y, aunque a lo largo de los años se ha profesionalizado su personal y se ha abierto el abanico de la carta de servicios, sigue siendo la lucha contra los incendios forestales uno de sus principales objetivos. De hecho, la formación en este tipo de intervenciones es obligatoria para todos los profesionales desde el mismo momento que ingresan en el Cuerpo y, además, se realizan cursos de reciclaje y perfeccionamiento a lo largo de la vida laboral operativa de cada uno de ellos.

El INFOMA complementa, especialmente en verano, la labor de los bomberos profesionales de la Comunidad de Madrid con otros servicios, que no son propios de estos profesionales, pero que sí son imprescindibles en el empeño de vencer al fuego: vigilantes, personal de apoyo, técnicos forestales, cuadrillas de limpieza y adecuación de los montes o personal técnico en materias tales como comunicaciones, logística o mecánica. Todos, en conjunto, forman el operativo del INFOMA.

Para detectar con rapidez y eficacia, algo tan sencillo como una tupida red

de vigilancia. Los montes madrileños están permanentemente observados durante todos los días del verano desde 40 puntos que abarcan visualmente la totalidad del terreno forestal de la Comunidad de Madrid. Vigilantes que, armados con radio, prismáticos, mapas y brújulas, divisan el humo en cuestión de segundos. Son el primer aviso que pone en marcha todo el operativo. Su labor no acaba aquí, sino que durante la operación aportan datos valiosísimos para el operativo antiincendio en tiempo real: evolución del fuego, datos meteorológicos, estado de caminos y acceso al lugar del siniestro, etc.

La respuesta inmediata ante estos avisos es otro de los objetivos básicos que configurar el plan contra incendios forestales. Por eso, desde la Comunidad de Madrid hemos puesto en práctica el “despacho automático”, capacidad para que las unidades antiincendios se activen de inmediato al tener conocimiento, siquiera remoto, de la posibilidad, aunque no esté confirmada, de un incendio.

En este sentido, se han mostrado como de alta eficacia a lo largo de los últimos años las bases con brigadas helitransportadas. Cada verano se dispone de cuatro en la geografía madrileña que se autoactivan y vuelan hacia el lugar en el que se haya detectado el primer humo. Desembarcadas en tierra, establecen los medios para evitar que el incipiente incendio progre-

se mientras el propio helicóptero que los ha llevado hasta allí, en su caso, se suma al operativo con sucesivas descargas de agua.

Con idéntica finalidad de llevar a cabo un pronto ataque más eficaz se diseñan los PIF, “parques de incendios forestales”, establecidos estratégicamente según al riesgo y el valor ecológico de cada zona, cubiertos durante las horas de mayor peligro de los calurosos días veraniegos por una unidad mínima de pronto ataque: una autobomba, generalmente con unos 3.000 litros de capacidad, y una dotación de cinco personas, bien bomberos o bien operarios forestales.

A juzgar por los datos obtenidos en las últimas campañas, podemos decir que la efectividad de estas medidas, que se perfeccionan año a año, ha dado ya sus frutos. En la última campaña, la de 2010, se han obtenido índices históricos en la lucha contra los incendios forestales en Madrid: el 88,10 % de los incendios no llegaron a 1 ha de extensión afectada, lo que, técnicamente, se considera un conato. En consecuencia, hemos logrado reducir la superficie media afectada por incendio hasta un 0,58 ha, cifra también histórica.

Cada año, cada verano, alrededor de 2.500 profesionales de varias disciplinas se enfrentan en los montes madrileños al desafío del fuego. Ellos son los artífices de que se obtengan resultados tan espectaculares como los



del año pasado. Y es que en Madrid, el problema de los incendios forestales supera la perspectiva habitual, meramente naturalista. Proteger los montes en la Comunidad de Madrid es también defender a los madrileños y a su estilo de vida.

En efecto, las características demográficas de la Comunidad de Madrid obligan a contemplar la lucha contra los incendios forestales con peculiaridades propias. Un gran incendio no solo arrasaría masa vegetal, sino que afectaría a las aguas que abastecen a Madrid y a su área metropolitana. Sin contar la seguridad personal y de los bienes de los vecinos de la zona incendiada, ya que en Madrid no quedan grandes extensiones de terreno que no se encuentren habitadas. De la misma manera,

tendría graves consecuencias para las comunicaciones, la movilidad de las personas, las condiciones laborales de determinados sectores... En definitiva, las llamas, en Madrid, no solo pueden quemar el monte, sino también, toda una sociedad.

El propio Madrid es ya en sí mismo, por su peculiaridad, un multiplicador mediático de todo lo que ocurre. Y eso es aplicable también a los incendios forestales. La concentración en la capital de las instancias superiores del poder político y del poder informativo darían, y de hecho así ha ocurrido, una dimensión multiplicadora a los efectos de un gran incendio.

En 2009, la noticia de un incendio forestal en la Comunidad de Madrid ocupaba todos los medios de comu-

nicación. Ocurrió en un monte de la pequeña localidad serrana de Collado Mediano. Hubo que evacuar a 2.000 personas y, gracias a los planes previstos, se hizo en tal orden que no hubo heridos ni se produjo ningún tipo de accidente. Se puede decir que el incendio fue retransmitido en directo por toda una nube de medios de comunicación que, en tan solo media hora, desplazaron sus unidades hasta el mismo borde del siniestro. Toda España se hizo eco del suceso. Pues se quemaron algo más de 33 hectáreas. ¡No falta cero alguno! Fueron solo 33 hectáreas. En cualquier otro lugar, un incendio así hubiera pasado desapercibido. Aquí, en Madrid, la noticia abrió todos los telediarios. Así son los incendios de Madrid, los grandes y los pequeños. F



Embalse de Pinilla desde Navafría